

este pueblo; ni se responde á los capítulos 39, ni 40, ni 41, ni 42, ni 43, ni 44, ni 45, ni 46, ni 47, ni 48, ni 49, porque como está dicho, son todos capítulos que tratan de cosas marítimas; y esto se responde, y de las demas cosas está dicho en los capítulos susoescritos.

«Y hecha la dicha discripeion en la manera é forma susoescrita, el dicho señor alcalde mayor mandó lo firmasen de sus nombres el gobernador de este pueblo D. Martin Cortés; é los alcaldes de él no firmaron porque no supieron: é firmola Juan Vazquez é Francisco de Mesa, y el vicario Pedro Bejarano é Juan Nuñez, todos los cuales susodichos se hallaron presentes á la dicha discripeion, como personas antiguas en este dicho pueblo, é que en el caso dijeron con verdad á los capítulos susoescritos lo que de cada uno se supo.—*Pedro Bejarano*, beneficiado.—*Juan Nuñez*.—*D. Martin Cortés*.—*Francisco de Mesa*.—*Juan Vazquez*.»

«Yo, Pedro de Moras, escribano de juzgado, doy fé y verdadero testimonio que esta discripeion es cierta y verdadera, y lo que los naturales y españoles antiguos susofirmados de ella supieron, á los cuales doy fé conozeo, la cual se acabó de hacer y escribir en quince de Diciembre de mil y quinientos y setenta y nueve años. Y el dicho señor alcalde mayor Antonio de Leyva lo firmó de su nombre. Va en doce hojas, con la instruccion que de España vino: todo cosido.—*Antonio de Leyva*.—*Ante mí, Pedro de Moras*, escribano de juzgado.»

En completa contradiccion encontramos á los historiadores, con lo manifestado por el alcalde mayor Antonio de Leyva, sobre

la fundacion y conquista de este pueblo. Mota Padilla, refiriéndose al Padre Tello, dice: que Ameca antes de la conquista estaba gobernado por un capitán subordinado al reyezuelo de Zaulan ó Sayula, obedeciendo este al rey de Colima: y por aquel documento vemos que Ameca era un cacigazgo independiente, y que los pueblos circunvecinos pertenecian al reino de Michoacan, habiendo estado en continuas guerras con Caltzonzin, hasta la llegada de los españoles.

El mismo Mota Padilla asegura, que en 1526 Hernan Cortés mandó á Juan Alvarez Chico y Alonso de Avalos, á conquistar el reino de Colima: dividiendo estos su ejército en dos columnas, el primero marchó sobre dicho reino, siendo completamente derrotado, y contramarchó á México con los restos de su expedicion: el segundo, sabiéndose aprovechar de la circunstancia que los pueblos estaban desguarnecidos por haber salido las tropas á dar auxilio al rey de Colima para resistir la invasion de Alvarez, consiguió se le rindieran varios pueblos, y adoptando la política de libertarlos del tributo que daban á su rey, consistente en la tercera parte de los productos que les proporcionaba el cultivo de los terrenos y su personal trabajo en las distintas artes mecánicas en que estaban muy aventajados, le prestaron obediencia muchos de los que pertenecian á dicho rey de Colima.

La segunda invasion á este reino mandada por Cortés, á las órdenes de Gonzalo de Sandoval, y la conquista del expresado Colima, proporcionó á Avalos la oportunidad de ensanchar su dominio, y dar el título de provincias de Avalos, á casi la mayor parte de lo que hoy forman los cantones 4º, 5º, 6º y 9º del Estado de Jalisco: los conquistadores que entraron con San-

doval á Colima, no habiendo encontrado la abundancia de oro para saciar su codicia, volvió la mayor parte á México, lo que ocasionó que el rey, subyugado, se revelase contra sus dominadores; y el resultado fué, que los pocos españoles que quedaron en Colima, se replegaron á las provincias de Avalos, hasta que D. Cristóbal de Olid, por orden de Cortés, pasó de la provincia de Michoacan con la tercera expedicion formada para la reconquista de Colima y castigo de los sublevados: pacificado el reino, nombró primer alcalde mayor de la villa á D. Francisco Cortés de San Buenaventura.

Este funcionario en 1527, en union de los Padres Fray Juan de Padilla, Fray Miguel Bolaños y Br. Villadiego, proyectaron la conquista de los terrenos entre las provincias de Avalos y Jalisco: con los hombres subyugó sin resistencia á los pobladores de Autlan, Ameca y otros pueblos, entre ellos Etzatlan, dándolos en encomienda á Juan de Escarcena; siguió su conquista, y segun el Padre Tello, «desde el valle del Ahualulco hasta Tepic; y volviéndose por Jaltemba y toda la costa del mar al valle de Banderas, al de los Frailes, al de los Coronados, con cuanto en este óvalo se contiene. Estando, pues, esto así, vino D. Nuño de Guzman, año de 530, y metió en su conquista á los pueblos de Ahuacatlan y Xalisco;» cuya determinacion ocasionó una ruidosa cuestion entre el conquistador de Nueva-Galicia y el de Nueva-España.

En 1535, los indios de Teul se sublevaron contra sus dominadores, y aunque el alcalde mayor de Guadalajara, Miguel de Ibarra, emprendió dos campañas contra los revoltosos, no consiguió su pacificacion, sino por el contrario, tomó mas incremento la revolucion, complicándose los indios

de Ameca en ella, rompiendo las hostilidades, quemando las iglesias del pueblo, negando la obediencia á los religiosos y asesinando al Padre Fray Juan Calero el 10 de Junio de 1541. Mota Padilla refiere este acontecimiento, en los términos siguientes:

«Los indios de Ameca y Tequila quemaron las iglesias y negaron la obediencia á los religiosos; y el Padre Fray Juan Calero, que habia trabajado en instruirlos, lastimado de ver perdido el trabajo de su predicacion, lleno de fervoroso espíritu, pasó al pueblo de Etzatlan, en donde residia el Padre Fray Antonio Cuellar, su superior, y le pidió bendiccion para subir á la sierra á bajar á los alzados, y no dudó dársela, por ser una obra tan heroica; y con ella se abroqueló con la imágen de un crucifijo, y á pié y descalzo subió al monte y les afeó el hecho de su alzamiento; prometióles les alcanzaria el perdon de las muertes que habian hecho en algunos españoles é indios amigos; persuadióles ser el demonio el ídolo que habian levantado, quien no trataba de otra cosa que de engañarlos, para su perdicion; por lo que enfurecidos, quisieron matarle, y le dijeron lo harian si no se iba, que ellos sabian lo que les convenia.

«Conoció el Padre ser en aquella ocasion su predicacion infructuosa; y así, determinó volverse; y luego que se apartó de ellos, una india vieja comenzó á llorar, diciéndoles á los indios que cómo esperaban conseguir victoria, si permitian que aquel religioso maltratase á sus dioses y no se vengaban; que cómo los habian de favorecer, lo cual hablando con demostraciones de lamentos, los que oyeron los indios; y al punto, excitados de tan diabólica exhortacion, fueron en alcance del bendito Padre, enarcando para tirarle fle-

chas y piedras; y viendo nuestro Fr. Juan Calero tan descompuesta ocasion, se puso de rodillas, dió gracias á Dios por la merced que le hacia, y con alegre semblante dijo á los indios: ojalá y en mi muerte consistiera el que vosotros diérais crédito á la verdad que os predico: en nada estimo la vida, y de buena gana la ofrezco, con tal que os convirtais á Dios; y estando diciéndoles estas y otras palabras llenas de espíritu, le flecharon los bárbaros, de suerte que llegó á caer en tierra, y con unas porras, que eran unos palos muy sólidos y gruesos en su extremidad, le quebraron la dentadura y le dieron tantos golpes, que bastaron para quitarle la vida, el día 10 de Junio del año de quinientos y cuarenta y uno, primer día de Pascua de Espíritu Santo. Cuatro indizuelos que al Padre acompañaban, de los mas domésticos, que le ayudaban á decir misa, los tres se abrazaron del Padre, llorando como para defenderle; y el otro, que era el mayor, se puso en fuga para Etzatlan, y los tres murieron á palos de los indios.

«Llegó la noticia á Etzatlan y llenó de confusion al pueblo, llorando la muerte de religioso tan amable; y temiendo acometiesen, trataron de fortificarse para la defensa, porque daban los indios sus asomadas, hasta que el día 15 salió el capitán Diego Lopez de Zúñiga y otros soldados é indios, y fueron al punto donde se hallaron el cuerpo del bendito Padre, desnudo y oloroso, y sin corrupcion alguna, estando los tres indizuelos deshechos y comidos de animales: lleváronles al pueblo de Etzatlan y los enterraron, teniendo ántes el cuerpo de dicho Padre dos días velándole y consolándose con su presencia, llenando de admiracion á todos los indios y demas que le conocieron, aun despues de muerto, por no estar desfigurado.»

Las creces de la sublevacion general, hizo que D. Cristóbal de Oñate, que gobernaba en Guadalajara por ausencia de Francisco Vazquez Coronado, pidiese axilio al adelantado D. Pedro de Alvarado, que se encontraba por el puerto de la Navidad, arreglando su armada para seguir el descubrimiento de las tierras, hecho por Fr. Márcos de Niza, de acuerdo con el primer virey D. Antonio de Mendoza y segun las condiciones que aparecen en la escritura de compañía otorgada en el pueblo de Tlaxiaco, el lunes 29 de Noviembre de 1540, por ante los escribanos de Su Magestad Juan de Leon y Diego Robledo. El adelantado, tan luego que tuvo la noticia por el enviado de Oñate, Juan de Villareal, de la situacion en que se encontraban los españoles de la Nueva-Galicia, determinó pasar en persona á reducir á los sublevados, formando su plan de campaña y distribuyendo su fuerza en los Departamentos que le pareció mas oportuno, situando una de veinticinco hombres en Etzatlan, que fué suficiente para que los indios de Ameca, ostensiblemente apareciesen pacíficos, por unos cuantos días. Derrotado Alvarado en el Peñol de Nochitlan, ordenó su retirada el 24 de Junio de 1541, y la caída del caballo que montaba el escribano Baltasar de Mendoza, hizo que rodase dicho adelantado hasta el pié de la cuesta, de donde tuvieron que levantarlo sus subordinados, conduciéndolo en camilla hasta el pueblo de Atenquillo y de allí á la segunda Guadalajara, en donde murió el 4 de Julio del mismo año. Ensoberbecidos con este triunfo los sublevados, los indios de Ameca y demas conjurados, siguieron las hostilidades, procediendo aquellos á la muerte del guardian del convento de Etzatlan, Fr. Antonio Cuellar.

«No cesaban los indios en toda la Gali-

cia, dice Mota Padilla, de dar sus acometidas, y desamparaban sus pueblos (como señal de alzamiento). Pasó el Padre Fr. Antonio de Cuellar al pueblo de Ameca, que á costa de mucho trabajo habia fundado, y hallándolo sin gente, disimuló la maldad que conoció, y envió á llamar á los que pudieron ser habidos; unos vinieron y otros no; díjoles misa, y pasó para el pueblo de Etzatlan; y en la sierra que media le salió un capitanejo con algunos indios y comenzaron á tirarle flechas, de las cuales le dieron en el rostro, entrándole una por la boca con tanta fuerza, que salió la punta al cerebro: acompañábanle cuatro indios que se pusieron en fuga, y unos fueron al pueblo de Ameca y otros al de Etzatlan á pedir socorro, y de ambos pueblos salieron, aunque mas presto los de Ameca, quienes alzando vivo á dicho Padre, procuraron conducirlo á su pueblo y trataron de curarle; mas no fué posible, y así dió el alma á su Criador, viérnes 12 de Agosto de dicho año de quinientos cuarenta y uno, asistiéndole el Padre Fr. Juan del Espíritu Santo; y aunque los de Ameca resistian se llevase el cuerpo á enterrar al pueblo de Etzatlan, pudieron mas los indios de dicho pueblo, y le condujeron y dieron sepulcro junto á su compañero Fr. Juan Calero.»

La revolucion progresaba y aumentaba con proporciones tan colosales, que los españoles de Culiacan, Compostela y Guadalajara, pretendian abandonar su conquista; pero el auxilio mandado por el primer virey D. Antonio de Mendoza, y el ofrecimiento de pasar personalmente con un fuerte ejército á pacificar la tierra, hizo que no abandonasen sus posesiones, habiendo tenido que resistir varios encuentros, pues los indios tomaron la iniciativa, atacaron las plazas fuertes y formaron una

combinacion para sitiar los cuatro puntos citados, que era á donde se habian replegado los conquistadores de todo el reino.

El 28 de Setiembre de 1541, los amotinados cargaron en gran número sobre Guadalajara, teniendo su guarnicion que abandonar toda la poblacion y reducirse al pequeño recinto fortificado: fueron destruidas todas las fincas, y aun un costado de la plaza fuerte fué echado á tierra por los asaltantes: Cristóbal de Oñate con su pequeña fuerza se vió bastante comprometido, habiendo habido momento de considerarse perdidos; pero las ventajosas armas de los conquistadores y una salida de la caballería, ordenada por escalones, les dió el triunfo, retirándose los sublevados con innumerables pérdidas. No pertenece á este lugar el relato de esta memorable accion, ni las atrocidades cometidas por los españoles; pero fué la causa de que se resolviese la traslacion de Guadalajara, al lugar que hoy ocupa: el triunfo se consideró obtenido, como de costumbre, por la ayuda de San Santiago, peleando en favor de los dominadores; el Padre Fr. F. Freges dice, hablando de estas apariciones: «No es la primera vez que estos bárbaros levantan falsos y quimeras contra los Santos, haciéndolos cómplices de sus maldades. ¿Qué tiene que hacer San Santiago con los infelices é inocentes indígenas que solo se defendian de una agresion injusta? Sobre este mismo acontecimiento, dice D. Carlos María Bustamante: «Esta misma paparrucha se ha propagado de generacion en generacion entre aquellas gentes, y obtiene el mismo lugar entre las consejas de aquel tiempo que las *pahrutas* en el cielo que aseguraron al general Calleja la victoria de Zitácuaro, segun el Padre Felipe Calvillo, de la Profesa, Padre Bringas

de la Cruz, de Querétaro, y otra porcion de hombres miserables que perpetuarán su memoria á merced de su sandez y bobería, y de que fueron garantes, cuyos nombres aparecen con letra de molde en las *leyendas* del año de 1812.»

A la vez que esto pasaba en Nueva-Galicia, el virey D. Antonio de Mendoza dictaba sus últimas disposiciones para la salida de la expedicion á pacificar aquel reino: el 20 de Setiembre del mismo año de 541 arregló con D. Francisco Sandoval Acazitli, cacique y señor del pueblo de Tlalmanalco y provincia de Chalco, el auxilio que debia de ministrar para la guerra contra los chichimecas; efectivamente, este cacique salió de México el 6 de Octubre siguiente, haciendo la primera jornada á Itispapaltetitlan, en union de todo el ejército auxiliar; el virey hizo su salida de la corte el 8 del mismo mes, segun Herrera, y no en Enero de 1542, como lo asegura el Padre Tello; ni tampoco salió de la capital el ejército el 29 de Setiembre ya citado, como lo afirma D. Carlos María Bustamante, siguiendo la crónica inédita del Padre Fr. Manuel de la Vega; el minuciosísimo itinerario de las marchas del ejército, formado por orden del cacique Acazitli, ya citado, nos proporciona la oportunidad de aclarar varios hechos tergiversados y adulterados por los historiadores sobre esta expedicion; pero no siendo este el lugar á propósito para tratar de los hechos de armas y sitios que el virey puso á los amotinados en los puntos fortificados en donde defendieron con tenacidad y heróico valor su libertad é independencia, nos contraerémos solo á lo que hace relacion á la poblacion.

Derrotados los chichimecas en los fuertes de Cuina, Nochistlan, Mixton y Baranca de Tepeaca, pasó el virey por Te-

quila el 23 de Enero de 1542, á donde mandó llamar á los caciques de Etzatlan y Ameca, que estaban ocultos, tanto por la parte que habian tomado en la sublevacion, como cuanto «porque temian ser castigados por haber sido en las muertes del Padre Fr. Antonio de Cuellar, guardian de Etzatlan, al cual mataron entre el pueblo de Ayahualulco y Ameca, en el Portezuelo, y al Padre Fr. Juan Calero en la serranía de Tequila. Pero con todo eso, el virey los envió á llamar, y le salieron á recibir mucha cantidad de ellos; y los caciques, que el uno se llamaba D. Fernando y el otro D. Diego, comenzaron á disculparse que ellos no habian sido en la muerte de los frailes de Etzatlan, sino los de Ameca; pero con todo eso, el virey mandó asegurarlos y que fuesen con él á Etzatlan, diciendo que allí se averiguaria con los de Ameca, y con esta fé fueron los caciques con el virey; y habiendo asentado y visto el pueblo de Tequila, que era de mas de mil indios, partió con su campo para el pueblo del cacique Guaxicar, que era de mas de tres mil, en el valle que ahora llaman de la Magdalena, y por otro nombre la Higuera.»

A la salida del virey de Etzatlan, se le presentaron los indios de Ameca, á quienes indultó bajo la condicion que volverian al pueblo y estarian sujetos á las órdenes del rey, religiosos doctrineros y puestos en la real corona.

Despues de estos acontecimientos, se quitó á los frailes franciscanos el encargo de doctrinar á los indígenas de Ameca, encomendándolo al clero secular, pues segun el «Informe dado al rey por el cabildo eclesiástico de Guadalajara, acerca de las cosas de aquel reino,» fecha el 20 de Enero de 1570, el elérigo Sebastian Gomez, que entendia la lengua de los naturales,

era el que desempeñaba la doctrina, pagado por los mismos indios.

Entre los personajes avecindados en este punto, se cuenta á D. Pedro Perez de Tagle, marques de Altamira, caballero de la Orden de Calatrava y dueño de la hacienda de Cuisilios, teniendo la prerogativa de ser su casa de cadena; lo que no lo salvó para ser condenado á destierro, por sentencia de la autoridad competente, en el juicio entablado por D. N. Saldaña, de nobleza probada, por haberlo azotado, habiéndole ofrecido el marques pesarlo en plata y regalársela, para no ser desterrado; pero no habiéndose conformado el ofendido, se llevó á puro y debido efecto la sentencia de expulsion, del pueblo y sus contornos.

Por mas esfuerzos que hemos hecho, no hemos podido reunir noticias biográficas de los hombres notables de la ciudad de Ameca, bien sea naturales de ella, ó que hayan figurado como vecinos: las únicas que han llegado á nuestro conocimiento, son las siguientes:

«CUELLAR (Fr. Antonio de): religioso de la Orden de San Francisco, de la provincia del Santo Evangelio de México, y guardian del convento de Etzatlan en la de Jalisco: fué el apóstol de aquel pueblo, y tambien el que lo civilizó y sacó de la barbarie, llegando á poner, como dice el cronista, el mejor orden en lo espiritual y temporal de esa poblacion: tenia, sobre todo, gracia muy singular para hacer paces y amistades aun entre los mas encarnizados divididos: fundó tambien el pueblo de Ameca, á cuatro leguas del de Etzatlan, con multitud de indios que recogió de los montes, donde vivian como salvajes, y redujo á vida cristiana y social: pasó á México por el año de 1541 á asistir al capí-

tulo provincial, y habiendo vuelto á sus pueblos, los encontró sumamente alborotados y revueltos: se detuvo en Etzatlan el dia de su llegada, donde no observó ninguna señal que le indicase aquel alboroto de los naturales: el dia siguiente salió para Tzapotlan á dejar en él al nuevo guardian, y á la vuelta se detuvo en Ameca, donde dijo misa, predicó, bautizó muchos niños, y despues de comer partió para su convento: en la mitad del camino lo encontraron los conjurados, y olvidados de los beneficios que de él habian recibido, le tiraron muchas flechas, de las que tres le hirieron en el rostro y una le entró por la boca hasta atravesarle la nuca, y cayendo en tierra recibió muchos golpes y patadas, quedando por muerto en el camino. Noticiosos los de Ameca de aquella desgracia, lo condujeron á su pueblo y allí murió el bendito Padre, rogando á Dios por sus asesinos, y con gran sentimiento de sus neófitos, el 15 de Agosto del mencionado año: su cuerpo fué sepultado en su convento de Etzatlan.—*J. M. D.*—(Apéndice del Diccionario universal de Historia y Geografía, tom. 1o, pág. 783.)

«ALBA (Padre Juan García), nació en Ameca, en la diócesis de Guadalajara en la Nueva-Galicia, á 9 de Marzo de 1707, y vistió la sotana de jesuita en 9 de Octubre de 1724. Enseñó en Guatemala la teología, y en México fué prefecto de la congregacion de la Buena muerte. Dió á luz:

«*Llanto de las Virtudes*: Descripcion de la pira y honras que el colegio de jesuitas de Guatemala consagró al difunto obispo de Comayagua, D. Fr. Antonio Lopez Portillo, impresa en México por Hogal, 1743. 4o» (Biblioteca hispano-americana septentrional, ó Catálogo y noticia de